

Tolerancia y verdad en la Filosofía de J. Locke ¹

Lucía Solís-Caro Figueroa (*)

Resumen

John Locke plantea en su *Carta sobre la Tolerancia*, entre otras importantes cuestiones relativas a esta virtud personal y política, el problema de si es legítimo tolerar el error. La respuesta, dentro de esa obra, puede sintetizarse como “sí, por cierto”, bajo la condición de que tal error sea de buena fe y de que no se intente imponerlo a nadie. El tratamiento atiende tres grandes apartados que deben distinguirse: a) la relación personal con la verdad, la sinceridad y la intensidad con que se profesa una creencia. b) la verdad como criterio de inclusión o exclusión de un colectivo. c) problemas relativos a la comunicación de la verdad.

En el *Ensayo sobre el entendimiento humano* Locke expone la formación del lenguaje como producto social y critica severamente los abusos que se hacen de él. Señala que hay dos vías legítimas de acceso a la verdad, la razón y la revelación, y denuncia una tercera vía, el *entusiasmo*, como una actitud intelectual de patológico y falso amor hacia ella que conduce al fanatismo.

Si bien el contexto en que Locke elabora su filosofía es el de conflictos religiosos, es posible hacer una lectura actual aplicada a cualquier actitud fanática.

Palabras clave:

tolerancia - fanatismo - verdad - ortodoxia - entusiasmo

Tolerance and truth in John Locke's philosophy

Abstract:

In his *Letter on Tolerance*, among other important issues related to this personal and political virtue, John Locke posed the question if it is legitimate to tolerate error. According to his work, the answer may be summarized as follows: “yes, of course”, in case error is committed in good faith and it is not intended to be imposed to anyone. This subject is dealt with in three great sections: a) personal relationship with truth, sincerity and the intensity with which a belief is held; b) truth as criterion of inclusion into a group or exclusion from it; c) problems related to the communication of truth.

In his *Essay on Human Understanding* Locke presents the formation of language as social product and severely criticizes the abuses carried out against it. He points out that there are two legitimate ways to access to the truth, reason and revelation. He denounces a third way, the *enthusiasm* as an intellectual attitude of pathological and false love for truth that leads to fanaticism.

Although Locke develops his philosophy in a context of religious conflicts, it is possible to apply his ideas now to any fanatical attitude.

Key-words:

Tolerance - Fanaticism- Truth - Orthodoxy - Enthusiasm

(*) Universidad Nacional de Salta, Facultad de Humanidades

1- La primera versión de este trabajo constituye un capítulo de la tesis de la autora: “*Tolerancia y racionalidad en la filosofía de Locke*” (1992). UNSa.

1. La relación de la tolerancia con la verdad se plantea, en primer lugar, como un problema general: ¿es legítimo tolerar el error? La pregunta implica tres cuestiones que importa distinguir:

- 1.1 - La **convicción** personal y el amor a la verdad. Esto pone en juego la verdad del contenido de la fe y la sinceridad de la propia adhesión. Secundariamente, también toca el punto de la intensidad de la fe profesada.
- 1.2 - La **ortodoxia** como carácter de una Iglesia. La verdad marca el límite entre los que están dentro y los que están fuera, entre los fieles y los herejes.
- 1.3 - La **transferencia** de la verdad poseída por la fe. Esto es, la comunicación a través de la proclamación, el proselitismo, el adoctrinamiento, la formulación de sistemas doctrinales, etc.²

En cuanto al punto 1.1, Locke sostiene que la fe sólo es fe si se cree, si existe esa adhesión profunda de la mente a una verdad con la convicción, precisamente, de que es verdad (Locke, *Carta sobre la tolerancia*, 1985: 10, 33 y 34). La relación de cada uno con la verdad es propia, no puede hacerse por cuenta de otro. De alguna manera, la verdad tiene que ser verdad para el sujeto que cree, pero éste cree porque estima tal cosa como verdadera, porque le reconoce un valor objetivo de verdad. Locke distingue ambos aspectos, pues, al tratar de la utilidad de la fe para la salvación, exige la autenticidad de la adhesión (p. 10), y la verdad del artículo creído (p. 11).

Es cierto que hay una sola verdad (p. 12), alcanzable por la luz natural de la razón y los dictados de la propia conciencia, pero como hay muchas opiniones, sólo a Dios corresponde, en exclusiva, “el castigo de los que viven en el error” (p. 21). Aunque en algún momento pareciera que Locke cree que Dios condena el error de haber adherido a una proposición falsa (como en el fragmento de p. 21), del contexto de toda la *Carta* se desprende más bien que le da mayor importancia a la actitud frente a lo que se cree que es verdad. Cuando Locke admite que hay que dejar a cada cual, inclusive a los naturales de América, que crean según su buena fe (pp. 34, 42), es que está confirmando el valor de la sinceridad. Su condena de la profesión insincera, del fingimiento y de la mentira, es muy severa (p. 48; cf. punto 5 *infra*).

Desde luego, desde el punto de vista de la tolerancia, esa posición es la más conveniente. Puesto que lo que importa es la adhesión honesta, no es legítimo juzgar sobre la verdad de las creencias de los demás, ni tratar de imponerles nada. El valor que cada uno da a su propia convicción, a su relación con la verdad, es el fundamento del respeto por la opinión de los otros (cf. p. 58).

Por otra parte, el que yerra, ni injuria con ello a los demás, ni viola los derechos de otros, ni la condena que su error le pudiera acarrear causa perjuicio a nadie (p. 50). Por lo tanto, sólo a él le concierne la responsabilidad de profesar una verdad equivocada. El error es asunto personal, y la tolerancia mutua es la actitud ponderada en consecuencia.

Respecto a la intensidad con que se cree, en la *Carta* Locke se muestra muy prevenido contra el celo con que se pueda abrazar la verdad, puesto que puede generar actitudes intolerantes.

2. En la cuestión 1.2 de nuestro esquema, la verdad se convierte en el criterio que determina cuál es la verdadera Iglesia. El principio de ortodoxia supone que hay una verdad y una

2- Esta sistematización y los nombres de las cuestiones, nos pertenecen (L.S.-C.F.)

Iglesia que la posee; que una sola opinión es recta y las demás no lo son. Si la diferencia es de buena fe, la opinión simplemente es equivocada; si se la mantiene con actitud de enfrentamiento y división, es herejía.

Al final de la *Carta*, Locke agrega una especie de apéndice, en el que explica qué significan la herejía y el cisma (pp. 67 y ss.). Ambos pueden darse sólo entre quienes profesan la misma religión, o sea, que tienen la misma regla de doctrina y disciplina. Todos los cristianos profesan la fe en Cristo; sin embargo, hay algunos que tienen por regla sólo las Escrituras, como, por ejemplo, los luteranos; y otros, también ciertas tradiciones, como, por ejemplo, los católicos, que se rigen por las Escrituras y los decretos papales.

Respecto de lo que las escrituras enseñan expresamente, no puede haber problema. En cambio, la variedad de opiniones se da acerca de verdades no formuladas expresamente en ellas. La herejía es una separación de la comunidad eclesíástica que, según Locke, puede ocurrir de dos maneras:

1) cuando la mayoría de la Iglesia, o la parte más fuerte por el eventual apoyo del gobierno, separa a la otra parte de su comunión porque no quiere profesar su fe en opiniones no contenidas expresamente en las escrituras.

2) Cuando alguien se separa a sí mismo por el mismo motivo. “Ambos son herejes, porque ambos yerran en lo fundamental y yerran obstinadamente contra el conocimiento”, dice Locke, porque introducen sus propias interpretaciones con la pretensión de que tengan la misma autoridad que las verdades de inspiración divina. “Yo no creo que nadie pueda llegar a tal grado de locura”, expresa.

En resumen, la separación por cuestiones de doctrina no necesarias es herejía. En cambio, *cisma* es “la separación ocasionada por errores en el culto o la disciplina”. Locke aclara que estos significados son los establecidos por el uso “que es la suprema ley en materia de lenguaje”.

Cabe preguntar cuál es, para Locke, la verdadera Iglesia, la que profesa la verdad auténtica. “Cada Iglesia es ortodoxa para sí misma, y, para las demás, equivocada o hereje”, dice (p. 20). Esto significa que cada una cree ajustarse a la verdad, aunque las demás no compartan ese criterio. Pero, inmediatamente, Locke observa: “una Iglesia considera verdadero todo lo que cree y denuncia como un error lo contrario a sus creencias”, lo cual quiere decir que cada comunidad constituye como verdad su creencia. No es exactamente lo mismo.

En la primera proposición, Locke supone que hay una verdad a la que cada Iglesia cree adherir, y, entonces, tal vez cabría decir de la ortodoxia lo que se dijo de la convicción: que es la honestidad de la actitud lo que otorga validez, más que la exactitud del contenido de la doctrina. En la segunda proposición, en cambio, es la autoridad que cree tener la Iglesia la que otorga verdad a los artículos de su fe, y éste es un proceso que convierte a la verdad en relativa. En este caso, todas las alternativas dogmáticas quedan igualadas en una dudosa consistencia respecto de la verdad, la que, a su vez, queda como diluida en verdades de talla menor.

La ortodoxia marca quién queda dentro y quién es excluido de una Iglesia. Según Locke, cada Iglesia tiene el derecho de expulsar a los miembros que no profesan su regla, pero ninguna puede tener superioridad o jurisdicción sobre las demás. La ortodoxia es, entonces, criterio legítimo de pertenencia operante en el interior de una comunidad, pero absolutamente ilegítimo fuera de ella, en las relaciones intercomunitarias. En este plano, Locke propicia la tolerancia mutua, igual a la que aconseja que reine entre las personas privadas (p. 19), y remite la solución de los conflictos doctrinarios al Juez Supremo, ya que no hay juez sobre la Tierra que pueda dictar sentencia sobre ellos (pp. 20 y 21).

3. Hemos llamado *transferencia* al problema general de la comunicación de la verdad doctrinaria. ¿Cómo convencer de la verdad a alguien que está en la ignorancia o en el error? Tal vez, la pregunta no tendría importancia si no se formulara en el contexto de tanta imposición religiosa como la vigente en la Inglaterra del siglo XVII. En la época en que se redactó la *Carta*, todavía la ley mandaba creer en la Santísima Trinidad y, en la medida en que había una Iglesia oficial, se respaldaba su cuerpo de doctrina desde el Estado.

“Pero el papel de las leyes no es cuidar de la verdad de las opiniones”, dice Locke (p. 48); tampoco es enseñarla, y mucho menos mandar o permitir que esto se haga por la fuerza (p. 49). En realidad, “la verdad pocas veces ha recibido, y temo que nunca recibirá, mucha ayuda del poder de los grandes hombres, quienes raramente la conocen y más raramente le dan la bienvenida” (*idem*). En resumen, la transmisión de la verdad es asunto privado.

Privado y pacífico. Todos los hombres son capaces de amonestar y de exhortar a quienes ellos consideran que están en el error, y de atraerlos a la verdad por medio del razonamiento (p. 11). Efectivamente, para ese fin no son apropiados “el fuego y la espada” (p.21), sino solamente el empleo de “fuertes argumentos y buenas razones, unidos a la suavidad de la cortesía y las buenas maneras” (p. 22). La violencia no sólo no es necesaria para convencer a los hombres, sino que refuerza los errores y debilita la acción de la verdad. Locke piensa que ésta “saldría airosa si, por una vez, la dejaran defenderse a sí misma”, entrar en el entendimiento de los hombres “por su propia luz” (pp. 48 y 49).

En conclusión, la respuesta al interrogante “¿se puede tolerar el error?”, en la *Carta* es “sí, por cierto”. Esto implica que Locke propicia la tolerancia tanto del error personal como del corporativo -en el caso de las creencias de una Iglesia-, puesto que no perjudica a nadie. La importancia concedida a las propias convicciones, genera el respeto hacia las de los demás. La adhesión a una fe es un asunto privado y debe ser pacífico; el juicio último sobre el acierto de las creencias, tanto en uno como en otro ámbito, pertenece a Dios.

4. En el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Locke clasifica las ideas en *simples*, *complejas* y *generales*. A su vez, las ideas complejas pueden referirse a *modos*, *sustancias* o *relaciones*. Los modos pueden ser *simples* o *mixtos*, y las sustancias *singulares* o *colectivas*.

Los modos simples son “los materiales del conocimiento” (II, xiii, 1). Ejemplos: las ideas de espacio, de forma, de solidez, de existencia, etc. Se introducen en la mente ya sea por sensación o por reflexión.

Los modos mixtos son las ideas complejas que se forman por la combinación de diferentes ideas simples. Por ejemplo: obligación, ebriedad, mentira, etc. (II, xxiii, 1). La mente los forma uniendo conceptos diversos, ya sea que correspondan a una realidad, o no. Y los forma para cumplir la finalidad del lenguaje, que es facilitar la comunicación entre los hombres en la forma más expedita posible. Por eso los hombres hacen combinaciones y les ponen un nombre según “sus costumbres y maneras de trato” (II, xxii, 5).

Cada comunidad va creando su repertorio de conceptos de acuerdo a sus experiencias y necesidades, que otro pueblo puede ignorar. Esto explica por qué hay palabras en un idioma que no tienen equivalente en otros, como por ejemplo “ostracismo” entre los griegos, o “proscripción” entre los romanos (II, xxii, 6).

Interesa destacar: a) que el lenguaje crece como producto social; b) que lo hace en función de su vocación de permitir y facilitar el conocimiento y la comunicación, y c) que refleja la experiencia de la comunidad que lo usa.

Las ideas, en cuanto apariencias o fenómenos mentales, no son ni verdaderas ni falsas. Para que haya verdad o falsedad, debe haber siempre una proposición, o sea, alguna afirmación mental o verbal (II, xxxii, 1, 3), explícita o tácita (*idem* 4, 19), que refiera la idea a algo extraño a ella. Estas referencias ocurren en los siguientes casos:

- 4.1 - Cuando alguien supone que una idea de su mente corresponde a la idea que en la mente de otros hombres tiene el mismo nombre. Por ejemplo, cuando coincide la propia idea de “justicia”, o la de “religión”, con las que tienen otros hombres, y las llaman con esos nombres, la idea es verdadera; si no coincide, es falsa.
- 4.2 - Cuando se supone que una idea tiene correspondencia con una existencia real. En ese caso, la idea de “hombre” es verdadera, la de “centauro” es falsa.
- 4.3 - Cuando la mente juzga una idea adecuada a la realidad. Si lo es, por ejemplo si adjudica a la idea de “oro” todas las ideas que le son inseparables, la idea es verdadera. Si deja fuera alguna de esas ideas inseparables, aunque haya adjuntado las otras, es falsa (II, xxxii, 5 y 21-24).
- 4.4 - Cuando la mente refiere una idea “a esa constitución real y esencia de una cosa de donde dependen todas sus propiedades”, o sea, a la sustancia. A este respecto, la mayoría de las ideas, si no todas, son falsas.

Locke piensa que esta clasificación de verdaderas o falsas para las ideas no es totalmente conveniente, sino sólo en cuanto supone una proposición mental que las refiere a un arquetipo. El propone llamar a las ideas *correctas* o *equivocadas*.

Nuestra “natural tendencia” al conocimiento es lo que nos lleva a abstraer constantemente y poner nombre a las cosas. En este proceso suponemos que la idea que intermedia entre la cosa y el nombre es correcta y que el nombre que le damos es el que corresponde “según el uso y la propiedad del idioma” (II, xxxii, 8). Para Locke, no hay un mundo de esencias al cual referir esas ideas abstractas de los modos mixtos. No hay ningún patrón sensible en ninguna parte; sólo están los nombres, y, entonces, la manera de conformar bien nuestras ideas es referirlas “a las ideas de quienes se piensa que usan esos nombres en su significado más propio” (*idem*, 12). Interpretamos que nuevamente remarca aquí la interdependencia que el lenguaje establece entre los hombres.³

5. Locke enseña tres sentidos del término “verdad”:

- 5.1 - El sentido **metafísico**: Se puede decir que las ideas o las palabras son verdad en tanto que “realmente son tal como existen” (II, xxxii, 2). O bien que las cosas son verdaderas en tanto existen tales como las ideas que nos formamos de ellas, ideas que llevan un nombre anexado (III, v, 11).
- 5.2 - El sentido **común**: La verdad es la conformidad de la idea con algo extraño a ella, conformidad expresada en una proposición (II, xxxii, 4). Una proposición mental formula una *verdad mental*; una proposición verbal, una *verdad verbal*. Una verdad verbal puede ser, a su vez: *puramente verbal* y *frívola*, cuando no aumenta en nada nuestro conocimiento (como, por ejemplo, el principio de identidad) (III, v, 6; III,

3- Aunque pareciera que Locke introduce un criterio de autoridad que tanto se preocupa de rechazar en todo el libro, no se trata de eso, sino solamente de subrayar el lazo que une el lenguaje con la vida concreta. “El que más sabe”, para él, no necesariamente es el erudito, sino el hombre del oficio de que se trate.

viii), cuando expresa acuerdo o desacuerdo entre ideas, sin importar si tienen o pueden tener una existencia en la naturaleza. O puede ser *real e instructiva*, cuando aporta un conocimiento real, cuando sabemos que las ideas unidas en la proposición son capaces de tener existencia en la naturaleza, o bien, que han existido (III, v, 8).

5.3 - El sentido **moral**: La verdad es afirmar o negar algo de las cosas “según la persuasión de nuestra mente, aun cuando la proposición que emitimos no está de acuerdo con la realidad de las cosas” (III, v, 11). Bajo este concepto, puede resultar más comprensible la inclinación de Locke favorable a la tolerancia que se expone en el punto 1. *supra*, y que es uno de los pilares de la *Carta*.

6. En el capítulo referido a las palabras, Locke explica que ellas están estrechamente ligadas al conocimiento y a las proposiciones que lo expresan, por lo que hay que prestarles especial atención. Observa que las palabras se interponen entre el entendimiento y la verdad que éste querría alcanzar, y que, frecuentemente, su desorden y oscuridad forman una neblina ante los ojos, semejante al medio que atraviesan los objetos visibles, que desvirtúa el proceso de conocimiento. En consecuencia, piensa que si se examinaran con cuidado las imperfecciones del lenguaje, se aclararían muchas de las controversias que agitan al mundo, y que el conocimiento, como quizá también la paz, se verían muy favorecidos (III, ix, 21).

Locke considera que si el lenguaje de las palabras tiene grandes dificultades para comunicar, “de una manera indubitable y cierta al oyente, el sentido y la intención del que habla”, utilizando ambos la misma lengua en el mismo país, los problemas se acrecientan cuando se trata de discursos producidos en países y épocas remotos. Quienes hablaron y escribieron tenían “nociones, temperamentos, costumbres, galas, imágenes verbales, etc.” tan diferentes que, al cabo del tiempo, se han perdido.

Descuenta que las dificultades son mayores en los textos sobre religión, sobre la ley y sobre la moral. Por todo esto, él infiere que no estaría mal “que seamos caritativos los unos con los otros respecto a nuestras interpretaciones o malos entendidos tocantes a esas antiguas escrituras”, por muy importante que sea comprenderlas.

Respecto a los textos del Antiguo y Nuevo Testamentos, que tienen tantos comentarios e interpretaciones, a Locke le parece que, aunque todo lo que está contenido en ellos es “infaliblemente verdadero”, el lector no puede sino “ser muy falible al entenderlo”. No es de extrañar que surjan dudas e incertidumbre, que hasta Jesús padeció en su naturaleza humana. En cambio, los preceptos de la religión natural son sencillos y muy comprensibles para todos, y convendría observarlos con mayor esmero. Al mismo tiempo, debemos todos tratar de “imponer menos magisterial, positiva e imperiosamente nuestro propio sentido e interpretación de estas otras verdades” (*idem*, 23).

7. Aparte de las dificultades derivadas de la naturaleza de las palabras, Locke señala otros vicios consistentes en “faltas intencionales y negligencias voluntarias” que entorpecen la claridad del lenguaje y, en consecuencia, de la comunicación. De estos vicios son culpables los hombres. Son los siguientes:

7.1 - Palabras sin ideas, o sin ideas claras. Locke advierte que se encuentran con frecuencia palabras que no tienen una significación clara y distinta, y que generalmente fueron introducidas en todos los lenguajes por las sectas filosóficas y religiosas. Adjudica su existencia a que fueron inventadas sin tener detrás una colección de ideas precisas a las que se refieran, y a que luego son repetidas por los sectarios como algo característico de cada escuela sin preocuparse por examinarlas.

Son tan abundantes, que ni siquiera da ejemplos, pero remite a “los grandes acuñadores” de estas palabras vacías, los escolásticos y los metafísicos, incluyendo a los “filósofos contenciosos, naturales y morales de estas últimas edades” (III, x, 2).

Otra forma de abuso afín a ésta es utilizar palabras que tampoco tienen un significado claro y bien determinado, pero que el uso ha consagrado como ideas muy importantes. Por ejemplo, muchos usan pero pocos podrían explicar qué quiere decir “sabiduría”, “gloria”, “gracia”, etc., palabras que se usan negligentemente saturando el discurso de “una abundancia de ruidos y jerigonza vacía e ininteligible, especialmente en asuntos de moral”. Esta práctica permite disimular la ignorancia; además de la comodidad, tiene la ventaja de que, aunque quien la usa rara vez tiene la razón, también es raro que se convenza de su error (III, x, 2-4).

7.2 - Inestable aplicación de las palabras. Emplear palabras ora con un significado, ora con otro, constituye un abuso equiparable a un verdadero fraude, y, si el procedimiento es intencional, “no puede imputarse sino a mucha estulticia o a mayor improbidad”. Cambiar el significado de las palabras dentro del mismo discurso es como cambiar el valor de las cifras en las cuentas, como usar el 8 a veces como 7 y a veces como 9, según la conveniencia.

En los negocios, esto se condena con los más duros calificativos, mientras que en las controversias doctas, comúnmente se estima como ingenio y doctrina. A Locke le parece, en cambio, “que el fraude es tanto mayor cuanto mayor es la importancia y el valor de la verdad en comparación con el dinero” (*idem*, 5).

7.3 - Afectada oscuridad de las palabras por su viciosa aplicación. Locke acusa a quienes, intencionalmente, utilizan términos confusos tras los cuales ocultan las debilidades de su doctrina. La lógica y las disputas contribuyeron a este vicio al premiar la habilidad de los que sutilizan, confunden y enredan los significados para tener algo más que decir, “puesto que la victoria se concede, no a quien tenga a su lado la verdad, sino a quien tenga la última palabra en el debate”. Locke denuncia la docta ignorancia que se refugia en la oscuridad para eludir su incapacidad, y a que la no verdad es algo inaceptable para la mente del hombre.

Este arte no sólo no aporta nada a la sociedad, sino que corroe los instrumentos del saber, de la instrucción, y de todas las formas de comunicación. Lo más grave es que sus efectos no quedaron como una curiosidad, sino que invadieron “lo que más importa a la vida humana y a la sociedad”, oscureciendo y haciendo inútiles “esas dos supremas normas: la religión y la justicia”.

Locke protesta: si el lenguaje se construye para facilitar el conocimiento y para vínculo de la sociedad, no puede ser empleado “para oscurecer la verdad, para confundir el derecho de los pueblos, para sembrar tinieblas, y para hacer ininteligibles tanto a la religión como a la moral”. Si esto ocurre, por lo menos este arte no debe ser considerado ciencia y conocimiento (*idem*, 6-13).

7.4 - Tomar las palabras por las cosas. Es muy frecuente que incurran en este abuso los hombres que se aferran a “un sistema único”, cualquier sea, y creen en la perfección de una hipótesis con tanta intensidad que se convencen de que ésta corresponde perfectamente a la realidad (*idem*, 14-16).

7.5 - Concederles a las palabras una significación que no pueden tener. El abuso consiste principalmente en adjudicar a la palabra la referencia a una esencia real, existente, y no sólo la referencia a una idea de la mente. Quienes caen en este sentido se enredan en complicados discursos sobre realidades que no son tales (*idem*, 17-21).

7.6 - Suponer que las palabras tienen una significación inequívoca y evidente. Esto implica concebir una conexión fija y necesaria entre los nombres y su significado, y esperar que cualquiera la comprenda en idéntico sentido. Para Locke no hay tal necesidad, puesto que las palabras son signos “voluntarios y poco estables” de las propias ideas (*idem*, 22).

7.7 - Utilizar expresiones figuradas. En los discursos en que se busca el placer, pueden admitirse este tipo de expresiones, pero cuando se persiguen la información y la instrucción, todas las artes de la elocuencia, con excepción del orden y la claridad, no sirven sino para “insinuar ideas equivocadas, mover las pasiones y para seducir así el juicio”, con lo que no se aporta nada a la búsqueda de la verdad.

El prestigio de la retórica demuestra hasta qué punto los hombres aman engañar y ser engañados. Locke cree que su denuncia puede tomarse “como osadía, si no como brutalidad”, puesto que “la elocuencia, como el sexo bello, tienen atracciones demasiado prepotentes para que se permita que jamás se hable en su contra”. (*idem*, 34).

Esta exposición de los abusos en el lenguaje demuestra las diferentes manipulaciones que efectúan, en particular, los hombres que se dicen sabios, y que pretenden comunicar doctrinas y sistemas filosóficos. Con este desenmascaramiento, Locke no sólo persigue una pureza técnica del discurso, un rigor instrumental en beneficio del conocimiento científico, sino, sobre todo, la honestidad en la búsqueda de la verdad, y en su transmisión.

Él percibe que el engaño y el fraude que esos hombres orquestan es una especie de cautiverio, de tinieblas, de yugo que somete a la humanidad bajo su influencia, porque afecta a los basamentos de la vida social como él los concibe: la religión, la moral, la justicia. El tono sereno habitual de su discurso, se convierte en diatriba cuando denuncia a los secuaces de los partidos que hacen “tragarse su doctrina a todos los hombres que caen en sus garras”. Según Locke, ellos son los culpables de impedir “que la verdad haga valer sus derechos en este mundo, y que los hombres puedan buscarla libremente”.

Pero, invariablemente, confía en la luz que Dios encendió en la mente de los hombres, luz que puede prevalecer sobre el engaño, ya que “el soplo o el poder humano no puede extinguir”. (IV, iii, 20).

Si en los puntos 4 y 5 se expusieron las que creemos son las bases gnoseológicas de la inclinación de Locke por la tolerancia, en los puntos 6 y 7 hallamos fundamentos de orden gnoseológico pero, al mismo tiempo, prácticos y éticos de esa idea plasmada luego en su concepto político de la tolerancia. Estimamos que contiene una densa crítica, tanto a la convicción desprevenida como a la ortodoxia del poder y a la comunicación viciada de artificios y deslealtad. (cf. punto 1 *supra*).

7.8 - Según Locke, no hay nadie en la república de la ciencia que no declare su amor a la verdad, aunque hay muy pocos que aman la verdad por la verdad misma. ¿Cómo reconocer ese amor? Aceptando la verdad de cada proposición, sólo en la medida en que lo autoricen las pruebas. El que se excede asintiendo algo no suficientemente probado, es que ama la verdad, pero no por sí misma, sino por otra finalidad indirecta (IV, xix, 1). Quien se impone a sí mismo una creencia no

probada, fácilmente se dispone a imponérsela a otro. Al corromper su propio juicio, no se exige proponer a otros las pruebas o argumentos necesarios para convencerlos; se atribuye autoridad de dictar a los demás sus opiniones (ídem, 2).

Hay dos vías de acceso a la verdad, y son la razón y la revelación. Locke propone la consideración de una tercera vía, el *entusiasmo*, que se caracteriza por renunciar a la razón y adjudicarse una especie de revelación, pero sin ella (puesto que la auténtica revelación no contraría la razón, y está respaldada con pruebas de que proviene de Dios). Se origina en la fantasía de un hombre que pretende que sus creencias provienen directamente de la divinidad, por lo que son fundamento de opinión y de acción, y, por la forma de saltar sobre ellas, destruye, a un tiempo, a la razón y a la revelación (ídem, 3).

El entusiasmo produce un intenso sentimiento de ser un elegido e iluminado por la divinidad; tal iluminación no requiere ser demostrada: su propia fuerza es la prueba. Locke dice de quienes están imbuidos de entusiasmo: “están seguros porque están seguros, y sus persuasiones son correctas, sólo porque las han abrazado con firmeza” (ídem, 8 y 9). Esto lleva a ofrecer a los otros hombres el atractivo de lo extraordinario halagando la “pereza, ignorancia y vanidad”, de manera que, al proponer esa certidumbre sin esfuerzo ni pruebas, los demás se instalan allí y dejan de lado la razón.

Y este no es buen camino: “la razón tiene que ser nuestro juez en última instancia y nuestro guía en todo”, incluso para juzgar la revelación, como lo demuestra la historia de patriarcas y profetas que no aceptan sin más los supuestos mandatos divinos sino cuando están seguros. Por otra parte, la firmeza de la persuasión no es prueba de la verdad de una proposición, ni de que proceda de Dios. San Pablo estaba muy convencido cuando perseguía cristianos, y también lo están en sus creencias los poseídos por Satanás (ídem, 10-16).

En la crítica del entusiasmo, Locke desmascara un mecanismo propio de los líderes sectarios. En una actitud intelectual de patológico y falso amor por la verdad, puede encontrarse el origen de muchas prácticas intolerantes, del odio y la persecución. Porque esa suficiencia respecto a la verdad suele ser el móvil para imponerla, aunque sea con sangre. Del entusiasta al fanático no hay mayor distancia, pensamos, aunque esto no está expresamente dicho por Locke.⁴

En conclusión: la relación de quienes adhieren a determinadas ideas o creencias con la verdad que le adjudican a ellas, puede adquirir características complejas y generar actitudes de diferente carácter: o bien de aceptación, comprensión y respeto del otro, o bien de un celo que impulsa el odio hacia quien no las comparte, que eventualmente puede derivar en persecución. Locke advierte severamente contra esas posibles transformaciones.

El amor a la verdad que es, para este filósofo, un componente principal tanto de la verdadera ciencia como de la fe sincera -y toda fe tiene que serlo, o no es tal- puede ser, por una parte, el más profundo motivo de respeto y tolerancia hacia quienes piensan de modo diferente; pero por otra, puede dar origen a las más violentas patologías: las múltiples formas del fanatismo.

4- Un teórico contemporáneo, Norberto Bobbio, sostiene que “un entusiasta sigue una idea noble, generosa o benéfica”, y se opone al fanático, cuyo celo obstinado en una creencia lo conduce a ejercer la violencia para obligar a otros a seguirla y castigar a los que se niegan a hacerlo. Nosotros no compartimos el criterio de tal oposición. El fanático puede ser un entusiasta en acción, o su discípulo. La actitud interior es idéntica, por lo menos si tomamos la caracterización de Locke. Cf. BOBBIO, Norberto, “*Fanatismo*”, en BOBBIO y MATTEUCCI, 1985: Tomo I, 666 y ss.

Bibliografía sumaria

Bobbio, Norberto, "*Fanatismo*", en BOBBIO y MATTEUCCI, *Diccionario de Política*, 1985. México, Alianza, tomo I

Locke, John. *Carta sobre la tolerancia*. 1985. Madrid, Tecnos.

Locke, John. *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*. 1961. Madrid, Aguilar. 2ª Edición 1987.